

ENVEJECER SOLOS O EN FAMILIA: UNA APROXIMACIÓN AL CASO DE BILBAO, 1825-1935

*Pilar PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ
Arantza PAREJA ALONSO*

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

ABSTRACTS

Esta comunicación aborda algunas de las cuestiones referidas a la demografía y a las formas de coresidencia de la población mayor de 60 años en un contexto urbano, Bilbao, y en un tiempo histórico marcado por importantes transformaciones sociales, como es el siglo XIX y las primeras décadas del XX. Pese a la estabilidad del sistema familiar bilbaíno a lo largo de una centuria, se constata que en la primera fase de la industrialización aumentan los hogares solitarios o sin vínculos de parentesco en los que vive la población en esta fase del ciclo vital, apreciándose una clara diferencia en las formas de coresidencia en función del sexo.

This paper deals with some of the issues related to the demography and forms of coresidence of the population over 60 years of age in an urban context, Bilbao, and over an historical period marked by important social changes, as was the XIXth. century and the early decades of the XXth. century. Despite the stability of the Bilbao family system over a century, we find, in the first phase of industrialisation, an increase in the single households or those without family ties in which the population lives in this phase of the life cycle, with a clear difference existing between the forms of coresidence depending on the sex in question.

Cette communication envisage quelques unes des questions relatives à la démographie et aux modes de coresidence de la population au de là de soixante ans, dans un milieu urbain, Bilbao, et à un moment historique marqué par des importants changements sociaux, tel que le XIXe siècle et les premières décennies du XXe.

Malgré la stabilité du système familial des habitants de Bilbao tout au long d'une centurie ou peut constater que pendant les premières moments de l'industrialisation les foyers solitaires ou sans lien de parenté augmentent parmi la population qui se trouve à cette phase de son cycle vital, de même que l'on aperçoit une nette différence des façons de corréidence en fonction du sexe.

**ENVEJECER SOLOS O EN FAMILIA:
UNA APROXIMACIÓN AL CASO
DE BILBAO, 1825-1935**

*Pilar PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ
Arantza PAREJA ALONSO*

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

El envejecimiento actual de la población en los países occidentales y el conjunto de problemas que se plantean en el ámbito de las políticas sociales nos invitan a reflexionar a los historiadores acerca del fenómeno de la vejez en el pasado. Nos preguntamos si el fenómeno de la soledad en esta fase del ciclo vital es un producto consustancial a los procesos de industrialización y urbanización o, si por el contrario, estamos ante un problema reciente y no imputable a otras sociedades históricas.

Pese al impulso que la historia de la familia ha tenido en los últimos años, más allá de los clásicos aspectos referidos a las estructuras familiares, demografía de la familia, estrategias de adaptabilidad de los agregados domésticos, redes de parentesco, etc., existe, sin embargo, un gran vacío en España en lo que se refiere a la producción histórica acerca de lo que ocurre con sus componentes desde la perspectiva de las diferentes fases del ciclo vital en relación a la edad y al sexo, que son elementos fundamentales para adscribir socialmente –tanto en el ámbito privado/familiar como en el público– a los individuos en diferentes estatus y roles. No es de extrañar, por tanto, la ausencia de literatura acerca del fenómeno de la vejez y de las formas de vida de nuestros mayores en el pasado, o su reducción a situaciones de pobreza y marginalidad (Carasa, 1990).

Esta comunicación pretende abordar algunas de las cuestiones referidas a la población anciana en un contexto urbano, Bilbao, y en un tiempo histórico marcado por importantes transformaciones sociales, como es el siglo XIX y las primeras décadas del XX. Nuestro objetivo era realizar tan sólo una primera aproximación a algunos aspectos demográficos de la población anciana y conocer las modalidades de coresidencia en esta fase del ciclo vital en un medio urbano preindustrial y los cambios producidos en ellas en una ciudad que se constituye en motor del crecimiento económico vasco y en avanzadilla del proceso de modernización económica española. En este sentido las formas externas de los grupos domésticos y la composición de sus miembros constituyen un punto de partida para comprobar si el triángulo vejez-soledad-desatención establecido en nuestros días es consustancial al proceso de modernización.

La primera dificultad ha sido la de establecer los límites cronológicos en los que encerrar un fenómeno no sólo biológico, sino social: función, estatus, niveles de dependencia económica, etc., y psicológico, por lo que "ser viejo" supone de percepción y de significado para los individuos estudiados y sus familias (Perrot, 1985). En la medida en que los diferentes estadios en los que se divide el ciclo vital reflejan la concepción sobre la edad que cada sociedad tiene en un momento histórico (Rodríguez, 1994), surgen dificultades para establecer pautas estandarizadas que sean válidas para establecer comparaciones en el largo tiempo. La vejez, por tanto, como otras etapas del ciclo vital, está en estrecha conexión con las transformaciones económicas y sociales producidas en toda formación social. En este sentido, resulta al menos cuestionable la utilidad de las comparaciones establecidas a lo largo de varios siglos y cuando, además, las poblaciones analizadas están inmersas en contextos socio-económicos muy diferentes: urbano/rural, preindustrial/industrial, etc., como es el caso de algunos trabajos realizados por P. Laslett (1980) y R. Wall (1991).

Se ha tomado la edad de 60 años como punto de partida de esta fase del ciclo vital y no los 65 años, edad frontera utilizada hoy en día por los sociólogos e incluso por algunos historiadores (Wall, 1991; Laslett, 1980), en el intento de una mejor aproximación a la realidad del pasado. En este sentido, los criterios expuestos por diferentes demógrafos e higienistas del siglo XIX que, como Monlau (1864) o Gómez (1896), mantenían que los comienzos del ciclo vital de la vejez se establecían a partir de esta edad, han sido el punto de partida para establecer los límites de este grupo poblacional; sin embargo, no hemos tomado en consideración las diferencias de edad entre los sexos respecto al comienzo del ciclo vital de la vejez planteados también por estos autores¹.

1. La edad de 60 años como punto de partida de la vejez es el criterio contemplado también en diversos reglamentos y disposiciones de entidades asistenciales de la época: *Reglamento de la Beneficencia Domiciliaria de la I. Villa de Bilbao*, 1891; *Bases para el establecimiento del Asilo Naval Vizcaíno*, 1898. Sin embargo, para la Santa y Real Casa de Misericordia de Bilbao, la edad de admisión de los llamados ancianos era de 55 años para los hombres y de 50 para las mujeres, véase F. Olascoaga (1887: 93) y P. Zuffa (1920).

De cualquier manera, los análisis comparados en el largo tiempo acerca de los ciclos vitales plantean problemas de difícil solución y más aún si nos referimos a periodos históricos sometidos a profundos procesos de cambio. Incluso en nuestros días, y en nuestra cultura occidental, la cronología del ciclo vital de la vejez delimitado por la frontera de los 65 años, en base a las normas socio-laborales de la jubilación, parece estar obsoleta, aunque éste sea el referente aceptado por los organismos nacionales e internaciones dedicados al estudio de la población. En este caso, los límites están hoy en entredicho tanto desde el punto de vista biológico como de la capacidad funcional de contribuir con trabajo –remunerado o no– a la comunidad.

Por otra parte, y dado que se trata tan sólo de realizar una primera aproximación al impacto de la modernización sobre la evolución del fenómeno de la soledad en las personas mayores y los cambios en las formas de coresidencia, no se han establecido tampoco las subdivisiones clásicas por grupos de edad a partir de los 60 años, establecidas también por Monlau (1864)². Somos conscientes de la importancia que este aspecto tiene en las estrategias de supervivencia, así como en las condiciones de vida en esta fase del ciclo vital, en la medida en la que la esperanza de vida aumenta y el mundo del trabajo evoluciona considerablemente, dilatando los periodos de dependencia y condicionando las formas de coresidencia y los estilos de vida.

Por otra parte, la complejidad que presentan los estudios acerca de la vejez en el pasado no se limita a la dificultad de establecer comparaciones en el largo tiempo entre las unidades socialmente relevante en las que se divide el tiempo biológico de los individuos, sino que, además, tropezamos con la dificultad añadida de la falta de homogeneidad dentro de una misma formación social en la vivencia y percepción de la vejez en función de estilos y niveles de vida originados por factores tanto económicos como culturales.

Fuentes y muestra

Las fuentes utilizadas han sido las listas nominales de población correspondientes a 1825, 1900 y 1935³, fechas altamente representativas del proceso de crecimiento económico y de modernización socio-demográfica que vive esta ciudad a lo largo de una centuria. Si en 1825, aún en un contexto de Antiguo Régimen, el Bilbao preindustrial se nos presenta como centro rector de las actividades económicas y sociales de ámbito regional, en 1900 la ciudad ya

2. Este higienista establece tres periodos: *la vejez incipiente o vejez verde* entre 60 y 70 años para los hombres y entre 50 y 60 para las mujeres; *Vejez confirmada o caduquez* entre los 70 y 85 años; *Decrepitud o edad de los centenarios* para los que viven más de 85 años.

3. Para 1825 se ha utilizado el Censo de Policía (Archivo de la Casa de Juntas de Gernika); para 1900 y 1935, los Padrones Municipales de Bilbao (Archivo Municipal de Bilbao).

se ha constituido en capital financiera y comercial de la expansión industrial que se desarrolla no sólo en el País Vasco, sino en todo el norte de España. Entre 1887 y 1900 se produce la etapa más acelerada e intensa del proceso de desarrollo económico, acompañado de una fuerte corriente inmigratoria procedente, sobre todo, de la mitad norte peninsular y que, obviamente, también se reflejará en el sistema demográfico y en las estrategias adaptativas de los grupos familiares ante la magnitud de los cambios que sacuden la cotidianeidad y las expectativas de vida. Tres décadas más tarde, en 1935, Bilbao se nos presenta como la ciudad industrial por excelencia de España, en la que se concentra una elevada proporción de los capitales del país (González Portilla, 1994).

El presente estudio se ha realizado a partir de una muestra realizada de forma aleatoria con unos niveles de error de $\pm 2\%$ y una confianza del 99,9%. De esta muestra original hemos seleccionado aquellos individuos mayores de 60 años junto con todos sus familiares y corresidentes. Así, trabajaremos en 1825 con 205 ancianos, en 1900 con 309 y en 1935 con 440 personas mayores⁴. Esta submuestra nos ha permitido acercarnos a unos primeros resultados que nos parecen lo suficientemente sugerentes como para que la investigación continúe en esta línea. Sin embargo, hemos de decir que el tamaño de la muestra con la se ha trabajado no nos ha permitido profundizar en las estrategias de la vejez en relación a dos elementos que con toda seguridad están condicionando las posibles opciones. Se trata tanto del perfil socio-económico de la población anciana como del origen de la misma, ya que la inmigración constituye un factor explicativo clave en los comportamientos socio-demográficos de Bilbao desde la segunda mitad el siglo XIX (Pérez-Fuentes y Arbaiza, 1994; Pareza y Arbaiza, 1994).

Aspectos demográficos de la población mayor de 60 años

El peso de la población mayor de 60 años en el conjunto de la población bilbaína no podía por menos que reflejar los cambios socio-demográficos que conlleva el intenso proceso de transformación que vive la ciudad de Bilbao en las últimas décadas del siglo XIX. El impacto de las intensas inmigraciones de población joven atraídas por el acelerado crecimiento económico de Bilbao y su hinterland redujo el peso de la población mayor de 60 años hasta niveles bastante inferiores a los de la ciudad de Antiguo Régimen. Pese a la persistente caída de las tasas brutas de mortalidad, vemos cómo en Bilbao la predominancia de la población en edad de trabajar es constante debido a la enorme capacidad de atracción que tiene esta ciudad para los emigrantes. Ya en la década de los ochenta el peso de los mayores de 60 años había descendido hasta el

4. Se ha prescindido de conventos y cuarteles.

5,4% sobre el total de la población, porcentaje inferior no sólo a la media de España -7,5%-, sino también al de las demás capitales de provincia (Gómez, 1896)⁵. En torno a 1900 el peso de la población mayor de 60 años alcanza sus mínimos como consecuencia del elevado crecimiento migratorio y del impacto sobre los comportamientos vitales de la población de una industrialización tan acelerada (Pareja y Arbaiza, 1994).

Tres décadas más tarde en esta ciudad, plenamente representativa de la moderna sociedad industrial y en la que ya habían disminuido considerablemente las tasas de mortalidad general y de fecundidad originadas en la primera fase de la industrialización, el peso de la población mayor de 60 años continuaba sin alcanzar los niveles de la ciudad preindustrial.

Tabla 1: Estructura de la población por edades de Bilbao en 1825, 1900 y 1935

	1825	1900	1935
0-14	29,82	31,10	27,50
15-59	62,11	62,80	64,80
≥ 60	8,07	5,20	7,65

Fuente: Padrones Municipales de habitantes

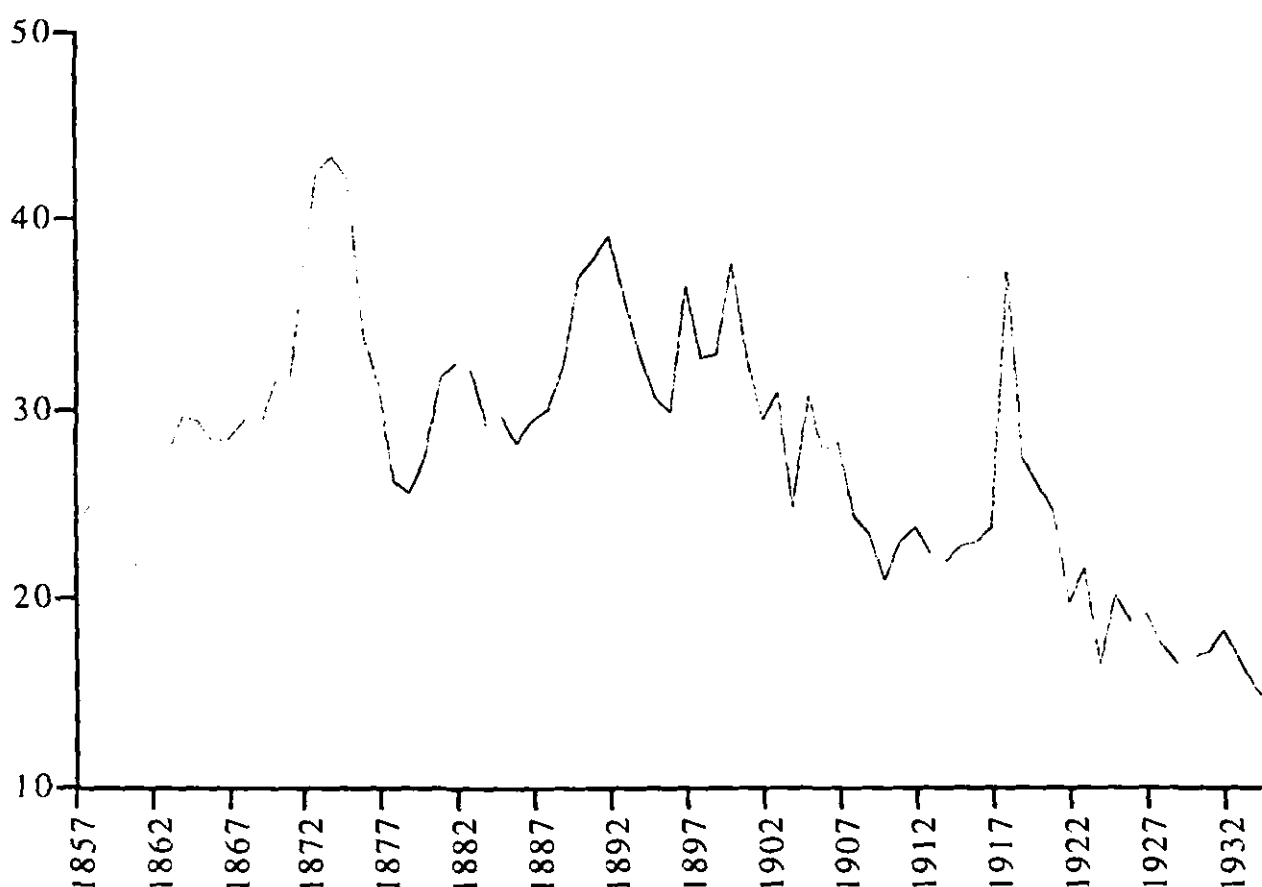
Sin duda, el aumento de los efectivos de personas mayores de 60 años en 1935 en relación al cómputo realizado a comienzos del siglo es el reflejo de un régimen más avanzado demográficamente. Los efectos del descenso de la mortalidad, del incremento de la esperanza de vida, así como de la disminución de la fecundidad, empiezan a dejarse sentir en la estructura por edades de la población bilbaína. En lo que se refiere a la mortalidad, en el gráfico 1 podemos distinguir estas dos etapas claramente diferenciadas: por un lado, el aumento de la mortalidad hasta principios de siglo originado por la industrialización; y por otro, el descenso incuestionable e irreversible de este fenómeno hasta cifras desconocidas en su historia.

A mediados del siglo XIX se parte de unos niveles de mortalidad ciertamente livianos para la época (23,7‰ en 1857), que van aumentando de forma muy rápida por los efectos de la Segunda Guerra Carlista. Esta primera situación de elevación de la mortalidad sigue ascendiendo a finales de la década de los 80 y los 90, debido a los efectos del rápido e intenso proceso de industrialización que en estos momentos alcanza su plenitud en la zona de la Ría de Bilbao. El empeoramiento de las condiciones de vida en la ciudad no se hizo esperar y la mortalidad alcanzó sus niveles más altos entre los años 1893 y

5. Según este demógrafo bilbaíno, el enorme peso de la población en edad de trabajar en 1887 sólo era superado en Pamplona y Burgos como consecuencia de la población militar inscrita en estas capitales

1901 –la tasa más alta del periodo se alcanza en 1900 con un 37,69‰—. A partir de los años 1902-03 se inicia el proceso de inversión de la tendencia que antes describíamos. La tasa bruta de mortalidad caía en picado tan rápidamente como había ascendido en la segunda mitad del siglo XIX⁶.

Gráfico 1: Evolución de la tasa bruta de mortalidad en Bilbao, 1857-1935



Fuente: 1857-1896: Registro parroquial y registro civil; 1897-1935: Boletín Estadístico Sanitario Municipal de Bilbao (B.E.S.M.B.)

No hay duda de que el descenso de la mortalidad infantil es el responsable directo de esta caída de la tasa general de mortalidad. Sin embargo, la mortalidad en Bilbao también afectaba a edades intermedias, reduciendo de manera desusada la población adulta, según afirmaba el demógrafo e higienista de la Vi-

6. Tan sólo cabe destacar la interrupción que supone la última de las grandes epidemias del siglo, tan corta como intensa en sus efectos: la gripe denominada en Europa «española» del año 1918, ya que se pensaba que esta pandemia que asoló Europa en dos años y que tuvo efectos tremendamente mortíferos tenía su origen en nuestro país (Echeverri, 1993). Sin embargo, esto no supuso un obstáculo en el curso del decidido descenso de la mortalidad que se había iniciado una década antes y siguió cayendo la tasa bruta de mortalidad hasta un 13,71‰ en 1935, cifra desconocida hasta entonces en la historia de Bilbao.

Ila G. Gómez (1896: 138-139). En este sentido, el combate contra las elevadas tasas de mortalidad permitió no sólo que más niños pudiesen llegar a la edad adulta, sino que mejorasen las condiciones a que se veían sometidos los adultos y, consecuentemente, vivir cada vez más años. El combate contra las enfermedades infecto-contagiosas se hace notar también entre la población mayor de 60 años, aunque la mayor causa de mortalidad entre los ancianos sea las enfermedades de origen degenerativo. Aun así, las enfermedades que se contagian por vía aérea, como las neumonías, bronquitis, etc., muy difíciles de combatir con los medios médicos de la época, continuaron siendo un factor de mortalidad importante, aunque los accidentes cardio-vasculares y cerebrales, los tumores y demás causas degenerativas se constituyen en la causa de mortalidad por excelencia vinculada a esta fase del ciclo vital.

Tabla 2: Causas de muerte de la población bilbaína mayor de 60 años en 1900 y 1930 (% sobre su grupo)

	1900	1930
Infec. aire	32,5	25,88
Infec. agua/alim.	1,00	0,13
Infec. micr.	1,00	0,13
Suma infec.	34,5	26,13
No infec.	65,5	73,75

Fuente: Movimiento Natural de Población.

Los enormes desequilibrios en la razón de masculinidad en los efectivos de población mayor de 60 años es otro de los rasgos demográficos a destacar. La desequilibrada razón de masculinidad en el conjunto de la población es especialmente notable en esta ciudad⁷, en la que existía un sector de servicios fuertemente desarrollado y con un elevado peso del servicio doméstico –la más alta proporción de criadas en el conjunto de las ciudades españolas, una por cada once habitantes en 1887 (Gómez, 1896)–, que atrae a una numerosa población femenina vizcaína y de las provincias limítrofes. Esta mayor proporción de mujeres que se aprecia en Bilbao en todos los grupos de edad a partir de los 14 años es un fenómeno característico de la demografía urbana europea, que se manifiesta de una manera especialmente aguda en los grupos de mayor edad a consecuencia de una mayor esperanza de vida. Efectivamente, dentro de este grupo las mujeres se muestran más longevas que los hombres, razón por la cual encontramos que hay más ancianas que ancianos –el 58% en 1825– y

7. Sólo las ciudades de Santander, La Coruña y Pontevedra superaban en 1887 las bajas ratios de masculinidad de Bilbao. En este caso es el fenómeno contrario de la emigración masculina la clave explicativa de los desequilibrios poblacionales entre los sexos (Gómez, 1896: 10-11).

que el desequilibrio entre los sexos aumenta a lo largo del siglo hasta un 62% en 1900, niveles que se mantienen en 1935. Sin duda esta desproporción en los efectivos de población mayor de 60 años es reflejo de una mayor capacidad de supervivencia⁸, pero insistimos en que el fenómeno migratorio es también un factor que afecta a la razón de masculinidad incluso en esta fase del ciclo vital.

Tabla 3: Estado civil de los mayores de 60 años en Bilbao, 1825, 1900 y 1935

	Solteros	Casados	Viudos	Solteras	Casadas	Viudas
1825	5,61	68,18	26,13	8,54	37,60	53,84
1900	6,03	62,93	31,03	15,54	26,42	58,03
1935	8,48	61,21	30,30	10,18	28,72	61,09

En cuanto al estado civil de la población mayor de 60 años, y al igual que en otras poblaciones estudiadas, las mujeres son viudas en una inmensa mayoría y, además, este fenómeno se acentúa con el paso del tiempo. Por otra parte, los altos niveles de celibato definitivo, como uno de los rasgos del sistema nupcial de esta ciudad, hacen que la décima parte de las ancianas estén solteras e, incluso, en 1900 estos porcentajes se elevan hasta el 17%. Por el contrario, la menor esperanza de vida de los varones, combinada con una nupcialidad más universal que la de las mujeres y con una edad media al matrimonio más elevada que las mujeres nos da un mayor porcentaje de casados entre los ancianos.

Las formas de coresidencia de las personas mayores de 60 años

De las investigaciones realizadas acerca de la vejez en el pasado se desprende, cuando menos, que en la sociedad preindustrial en Europa occidental la familia tuvo un papel muy importante en la atención y cuidados de las personas mayores (Laslett, 1980), y que la vejez como problema por su dimensión y complejidad es en realidad un producto de nuestros días.

Ciertamente, también en este caso hemos comprobado cómo el peso de la población mayor de 60 años no sólo no aumentó a lo largo de un siglo sino que por el contrario disminuyó con el proceso de modernización. Sin embargo, nos preguntábamos si los grandes cambios que se produjeron en esta ciudad entre 1825 y 1935 debilitarían las relaciones intergeneracionales o de parentesco en esta fase del ciclo vital y si se produjeron mayores niveles de sole-

8. Respecto a las diferencias ante la muerte de hombres y mujeres, G. Gómez (1896: 34) calculaba que si en Bilbao la población estuvieran equilibrada en sus ratios de masculinidad, por cada 100 fallecimientos de mujeres se producirían 129 de varones.

dad en las personas ancianas, reflejados, en primera instancia, en el peso de los hogares solitarios; o, si por el contrario, nada varió en cuanto a las formas de cohabitación de los ancianos bilbaínos, pese al huracán de "modernidad y progreso" que agitaba los hogares de la villa.

La estabilidad del sistema familiar en Bilbao: una visión de larga duración

En primer lugar es preciso destacar que el sistema familiar, definido, como es habitual, tanto por los comportamientos nupciales como por las pautas de estructuración y composición familiar, presenta en Bilbao una enorme estabilidad a lo largo de esta centuria (Arbaiza y Pérez-Fuentes, 1994).

Las pautas matrimoniales de los bilbaínos coinciden con el sistema nupcial más extendido en la Europa occidental definido por P. Laslett (1975) y J. Hajnal (1965). Pese a las profundas transformaciones que se viven en la ciudad y su hinterland, la elevada edad de contraer matrimonio así como altos niveles de celibato definitivo persisten e incluso se acentúan entre 1825 y 1935. El porcentaje de población que quedaría soltera se mantiene en torno al 12-17 para las mujeres y al 8-10 en los hombres. Pese a que era previsible que un centro urbano tan pujante como Bilbao ofreciese a la población la posibilidad de crear nuevos núcleos familiares, por contraposición al medio rural vasco, donde históricamente el sistema troncal restringía las posibilidades de contraer matrimonio, lo cierto es que la capital nos presenta un modelo de baja presión demográfica con rasgos más pronunciados y persistentes que el conjunto de la región, mayoritariamente rural hasta 1887 (Arbaiza y Pérez-Fuentes, 1994).

Es sorprendente constatar cómo esta ciudad, pese a ser el motor de la industrialización española, de haber transformado plenamente sus estructuras socioeconómicas como corresponde a un proceso acelerado e intenso de crecimiento económico, no participó de las dinámicas demográficas que se produjeron en los nuevos núcleos urbano-industriales vascos. Apenas puede hablarse de la hiperreacción procreativa que acompaña los procesos de asalarización y de proletarización de otras ciudades europeas. A pesar del fuerte crecimiento económico, las condiciones para la formación de nuevos hogares no parecen mejorar, no sólo por razones de tipo económico (bajos salarios que limitaban los recursos suficientes para la formación de un nuevo hogar, escasez de viviendas, etc.), sino también por factores sociales y culturales relacionados, sobre todo, con el fenómeno inmigratorio, que segmentaba muy particularmente los mercados matrimoniales de esta ciudad. En este sentido y siempre en un contexto de baja nupcialidad, es patente la existencia a lo largo del siglo de dos comunidades cuyos comportamientos nupciales, sobre todo en el caso de las mujeres, son claramente contrastables en función de las expectativas eco-

nómicas y sociales generadas y que presentan una evolución inversa a lo largo del tiempo⁹ (Arbaiza y Pérez-Fuentes, 1994).

A efectos del tema que nos ocupa, la edad de acceso al matrimonio de los hijos y los niveles de celibato definitivo son factores que hay que tener en cuenta a la hora de abordar las modalidades de coresidencia respecto a la población que se encuentra en esta avanzada fase del ciclo vital, aunque no podamos establecer diferencias entre los diferentes grupos sociales de la ciudad. Es obvio que la elevada edad de contraer matrimonio retrasa el abandono del hogar por parte de los hijos y, consecuentemente, habrá más probabilidades de que los sexagenarios tengan a sus descendientes en casa; por el contrario, la existencia de elevados niveles de soltería definitiva conduciría en mayor medida a la soledad o a formas de coresidencia ajenas al modelo de familia nuclear que es el que prevalece durante todo el período.

Porque, en este sentido, Bilbao también responde a las características del modelo de familia descrito para las regiones de Europa noroccidental en cuanto a que predomina la familia nuclear tanto en la fase preindustrial como posteriormente. En el largo plazo las características del modelo familiar prácticamente no varían en sus rasgos básicos y la familia nuclear se mantiene como modelo predominante a lo largo de los siglos XIX y XX. La familia de estructura nuclear se desvela, una vez más, con una elevada capacidad de adaptación a las grandes transformaciones que se producen en Bilbao, permitiendo la reproducción social bajo circunstancias socioeconómicas muy diferentes (Arbaiza y Pérez-Fuentes, 1994).

Las estructuras de los hogares en los que viven los mayores

Sin duda en esta fase del ciclo vital las quiebras en el núcleo familiar originadas por la defunción del cónyuge y por el abandono del hogar por parte de los hijos, junto con el aumento de la dependencia económica y de cuidados, nos sitúan ante escenarios familiares diferentes a los vividos en otras fases del ciclo vital. Pero además, el hecho de ser hombre o mujer también condiciona las posibilidades que tienen las personas mayores de 60 años de habitar en uno u otro modelo de hogar. Las diferencias en la esperanza de vida, los niveles de celibato definitivo, incluso las diferentes funciones a desarrollar dentro de la unidad familiar, conforman estilos de vida y estrategias de supervivencia diferenciadas entre los sexos.

La posibilidad de vivir en una familia nuclear continúa siendo el modelo de hogar más habitual en el que viven los hombres mayores de 60 años a lo largo de todo el período estudiado, independientemente de que lo encabece o no. La estabilidad-adaptabilidad de las estructuras familiares a la que nos refe-

9. Si en el Bilbao de principios del siglo XIX son las inmigrantes las que tenían menos posibilidades de contraer matrimonio, en la ciudad industrial es patente una mayor nupcialidad en las inmigrantes que en las nacidas en la ciudad u originarias de otras localidades vascas.

ríamos anteriormente persiste en buena parte de los hogares en los que residen varones ancianos. Todavía más de la mitad de estos agregados domésticos continúan siendo de estructura nuclear, sin que se aprecien variaciones significativas a lo largo del siglo como puede verse en la tabla 4.

En cuanto a las mujeres mayores, la probabilidad de vivir en hogares nucleares es siempre muy inferior a la de los varones por las mayores posibilidades de quiebra del núcleo familiar originada por la muerte del cónyuge, si bien la proporción de ancianas viviendo en esta modalidad también aumenta a lo largo del periodo. Si tenemos en cuenta que estos datos no reflejan la titularidad del grupo familiar sino la modalidad del hogar en el que viven, las diferencias que se aprecian entre hombres y mujeres respecto a la tipología de familia en la que se desarrolla esta fase del ciclo vital tienen su explicación, sobre todo, en la mayor supervivencia de las mujeres, y también, aunque en menor medida, en los niveles de celibato definitivo de las bilbaínas que condicionan desde tiempo atrás sus posibilidades de constituir un núcleo familiar.

Tabla 4: Estructura de los hogares en que viven personas mayores de 60 años

	1825		1900		1935	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Solitarios	5	12	5	29	6	12
%	5,68	10,25	4,31	15,02	3,63	4,36
Nucleares	50	36	66	65	94	105
%	56,81	30,76	56,89	33,67	56,96	38,18
Complejos	28	46	36	73	46	134
%	31,81	39,31	31,03	37,82	29,69	48,72
Sin núcleo	4	7	2	6	6	16
%	4,54	5,98	1,73	3,10	3,63	5,81
Sin parentesco	1	16	7	20	10	8
%	1,13	13,67	6,03	10,36	6,06	2,9
Total	88	117	116	193	165	275

Pero la familia, de una u otra tipología, continuó siendo el marco en el que se desarrolló la vida de ancianos y ancianas en la ciudad. Los hogares complejos, bien constituidos por familias extensas o por familias múltiples, son la alternativa cuando se han quebrado las unidades nucleares o el celibato definitivo ha perfilado otras trayectorias de coresidencia. En el caso de los varones, un tercio vivía en hogares complejos en 1825, proporciones que no parecen reducirse a lo largo de la centuria. Los datos recogidos en la tabla 4 parecen indicar que para los hombres se produjeron muy pocas variaciones en lo que concierne a la modalidad de los hogares en los que vivían en esta fase del ciclo vital, pese a las transformaciones producidas en su entorno.

Como era de esperar, y por las razones aducidas anteriormente cuando nos referíamos a las menores posibilidades de las ancianas de vivir en hogares nucleares, su presencia en hogares complejos es siempre más elevada que la de los varones. Pero, además, tal posibilidad fue aumentando con el paso del tiempo, hasta el punto de que en 1935 la mitad de las mujeres mayores de 60 años vivían en familias complejas¹⁰.

En definitiva, podemos afirmar que pocos de nuestros mayores vivían en soledad y que este fenómeno, el de los hogares solitarios, lejos de aumentar, se redujo hasta niveles muy poco significativos, aunque entre hombres y mujeres se adviertan notables diferencias al respecto. El hecho de que los niveles de soledad de las mujeres mayores sean superiores es un fenómeno común a todas las poblaciones estudiadas (Wall, 1991). La proporción de hombres mayores de 60 años en hogares solitarios, que apenas alcanzaba el 6% en 1825, disminuyó aún más con el proceso de industrialización. Sin embargo, en el caso de las mujeres, y al igual que en otras poblaciones, las posibilidades de vivir en hogares solitarios siempre fueron bastante superiores a las de los varones y aumentaron a comienzos de siglo hasta superar el 15% en 1900.

Pero, si además tenemos en cuenta la proporción de mujeres que no tienen ninguna relación de parentesco con los miembros del hogar en el que viven, el resultado es que tanto en 1825 como en las primeras fases de la industrialización, la cuarta parte de las mujeres de más de 60 años se encontraban privadas de la convivencia con miembros de su familia. El tamaño de la muestra no nos ha permitido ahondar en la tipología de estas mujeres, aunque la hipótesis más factible es que estamos ante fenómenos sociales diferentes derivados de los cambios habidos en la naturaleza del mercado de trabajo y de las inmigraciones¹¹. Por el contrario, esta modalidad de hogares se reduce drásticamente en la sociedad plenamente industrial de 1935, reforzándose los lazos familiares.

En el caso de los varones los porcentajes de aquellos que vivían solos o con otras personas sin vínculos de parentesco apenas alcanzaba el 10%¹² en 1900. Una vez más, la mayor esperanza de vida de las mujeres es la clave explicativa de este fenómeno, sin olvidar que en 1900 la proporción de solteras mayores de 60 años prácticamente se duplica respecto a 1825.

En este sentido sí podemos afirmar que las grandes transformaciones habidas en Bilbao en las últimas décadas del siglo XIX se saldan con una mayor

10. Como era de esperar, observamos que el modelo de familia múltiple en el que corresiden dos núcleos tiene menos peso en la sociedad industrial que en 1825, aumentando, en contraposición, la proporción de hogares extensos en los que residían personas mayores. Esta tendencia parece más acentuada en el caso de los varones, sobre todo por razones de menor supervivencia frente a las mujeres.

11. Baste de ejemplo el hecho de que en 1900 una elevada proporción de las mujeres mayores corresidiendo con personas sin vínculos familiares, eran criadas.

12. En el caso de los varones, no se trata de criados, sino de huéspedes.

soledad de las ancianas, a tenor del aumento de los hogares sin vínculos familiares y solitarios en los que viven estas mujeres recogidas en el padrón de 1900. Sin embargo, somos conscientes de que la soledad no puede traducirse miméticamente como desatención familiar y que, incluso, podría ser indicativa de mayores niveles de independencia económica. Esto nos sitúa ante una problemática de máximo interés aunque no es objeto de análisis en la presente comunicación: ¿cuáles eran los niveles de bienestar en los que vivían estas mujeres? o, dicho de otra manera, ¿estamos ante un patente deterioro de la calidad de vida? o, por el contrario, ¿aumentaron las posibilidades de vivir en soledad? ¿existían redes familiares de apoyo y cuidados?

Lo cierto es que la drástica reducción de esta modalidad de hogares en 1935 indica un fortalecimiento de los lazos familiares, pero también niveles de dependencia de las mujeres mucho más elevados en la medida en que los roles de género y la extrema división sexual del trabajo de las sociedades industriales, y Bilbao no es una excepción, dificultan a las mujeres el acceso a los recursos económicos. Lo cierto es que las posibilidades de una mayor independencia económica de las mujeres que se reflejan a través de las tasas de actividad, sobre todo en 1825 y en menor medida en 1900, tal vez les permitirían abordar esta fase del ciclo vital con mayores recursos que en la sociedad plenamente industrial de 1935.

Sabemos que las elevadas tasas de actividad que se observan en la tabla 7 muy posiblemente no reflejan los niveles de ocupación real de las personas mayores de 60 años, ni en 1825 ni en los recuentos de población posteriores. En la declaración de ocupación en censos y padrones, tanto en 1825 como todavía en 1900, se tendía a declarar el oficio en el que se trabajaba o se había trabajado. La propia percepción social de la vejez, todavía no identificada con el final de la vida funcional de los individuos, como ocurre en las sociedades industriales, produciría unas tasas de actividad en este grupo de población muy sobredimensionadas al identificarse en las listas nominativas de población con las profesiones que habían venido realizando. Pero también es cierto que la inexistencia de la jubilación como institución social conllevaba un alargamiento de la vida laboral mayor que en nuestros días como factor de supervivencia en los sectores populares¹³. La edad de abandono del mercado de trabajo es algo mucho más aleatorio y en muchas ocasiones estamos ante un fenómeno más propio de decisiones individuales y familiares que de relaciones estrictamente laborales. Al menos en lo que hace referencia al conjunto de España, todavía en 1930 la actividad en el caso de los varones se prolongaba en muchas ocasiones más allá de los setenta años (Soto, 1989: 200). En el caso de Bilbao, cuando el peso de las actividades agrícolas y artesanales es muy

13. Del *Reglamento de la Beneficencia Domiciliaria de la I. Villa de Bilbao* (1891) se desprende igualmente que las ayudas a los sexagenarios se realizarían sólo en el caso de incapacidad manifiesta para realizar clase alguna de trabajo.

elevada, no alcanza el 5% la proporción de los varones mayores de 60 años que no registran ninguna actividad, mientras que en 1900 la cuarta parte aparecen ya sin ocupación alguna, porcentaje que va en aumento a lo largo de la primera mitad del siglo XX.

De cualquier manera, y volviendo a la situación de las mujeres, los niveles de dependencia económica de éstas en 1825 y en 1900 parecen menores que en 1935, aunque no podamos cuantificar el fenómeno, y ésta, sin duda, es una problemática compleja a tener en cuenta en los análisis acerca de los niveles de vida de las personas ancianas. En 1825 la práctica totalidad de las mujeres mayores de 60 años aparecen con una actividad reconocida y, aunque son datos no fiables en su totalidad, sí son indicativos de un fenómeno ya conocido: la mayor actividad de las mujeres en las sociedades preindustriales. La drástica desaparición de las mujeres del mercado de trabajo, tal y como puede verse en los padrones de 1900, tiene que ver con la decadencia de sectores tradicionales de la economía, como la agricultura y la producción artesanal, donde la presencia de las mujeres era considerable y en los que era frecuente, además, que el fin de la vida laboral, desarrollada con mayor o menor intensidad, fuese parajo a la muerte. Pero también es el resultado de una patente ocultación de trabajo femenino que caracteriza a los recuentos de población de este período (Pérez-Fuentes, 1993). Por último, no podemos obviar la existencia de factores demográficos, ya que detrás del descenso de las tasas de actividad de la población mayor de 60 años respecto al Bilbao preindustrial está también el aumento de la esperanza de vida.

Es muy posible que la ausencia de las mujeres del mercado de trabajo y la casi absoluta dependencia económica de éstas, consustancial al modelo industrial de género, acrecentada por una mayor esperanza de vida, pudiese explicar la drástica reducción de los hogares solitarios y sin parentesco en los que vivían mujeres mayores en el Bilbao de los años treinta.

En definitiva, podemos concluir que la primera fase de la industrialización parece tener un impacto sobre las condiciones de vida de la población femenina anciana, al menos en lo que se refiere al aumento de la proporción de los hogares solitarios y sin vínculos familiares. Sin embargo, estamos ante un fenómeno coyuntural, ya que en la sociedad industrial ya asentada de 1935 el fenómeno de vivir sin parientes se reduce considerablemente, reforzándose los lazos familiares aún más que en la ciudad preindustrial.

A efecto de establecer alguna comparación con otras sociedades históricas y habida cuenta de la falta de datos referidos a los siglos XIX y XX en España, hemos recurrido a los datos que R. Wall (1991) ha trabajado para algunas ciudades inglesas en torno a los años treinta de este siglo. El resultado, aun teniendo en cuenta que no se han tomado las mismas edades para establecer el comienzo de esta fase del ciclo vital, es que nos encontramos, al menos en una primera lectura, con realidades diferentes. En Londres el 19% de los

hombres y el 37% de las mujeres mayores de 65 años vivían solos. En este caso la existencia de hogares solitarios es mucho más elevada, si bien para el autor es posible que esta enorme proporción de personas mayores viviendo solas pueda ser explicada por una errónea o inhabitual definición del hogar aplicada por parte de los autores de la estadística. Pero el caso de Liverpool en 1930 nos presenta también niveles de hogares solitarios de ancianos muy superiores a los de Bilbao en los años treinta, ya que el 16% del total de personas mayores de 65 años vivían solas.

Aunque se trata de comparaciones que han de ser utilizadas con toda prudencia, cuando menos nos sugieren la posibilidad de realidades muy heterogéneas originadas por una multiplicidad y compleja interrelación de factores demográficos, socio-económicos y político-asistenciales. Decíamos antes que la existencia de hogares solitarios también puede significar que se producen las condiciones para su mantenimiento a través de recursos propios, familiares o sociales. En este sentido, el sistema de pensiones y el conjunto de las políticas asistenciales son un factor que coadyuva a mantener hogares solitarios, y es muy posible que en las diferencias tan acentuadas entre estas ciudades inglesas y Bilbao éste sea otro factor a tener en cuenta en posteriores análisis comparativos.

En el caso de Bilbao podemos concluir que los lazos de solidaridad familiar no se rompen con la modernización, y que se confirma la teoría de que la industrialización y la urbanización no aumentaron de manera lineal la soledad de las personas mayores; por el contrario, ésta se reduce hasta niveles inferiores a los de otras ciudades europeas. Sin embargo, en los momentos más duros de la industrialización, cuando los problemas de infraestructuras y la desestructuración social y espacial del Bilbao tradicional son manifiestos y la inmigración es intensa, sí se observa una mayor desintegración de los vínculos familiares, especialmente en el caso de las mujeres.

El estado civil como condicionante de las formas de coresidencia

Es obvio que el estado civil es un factor clave en las posibilidades de coresidencia en la vejez. En primer lugar nos referiremos a los casados, es decir, a los que viven con su cónyuge. En este caso, tanto si se trata de hombres como de mujeres, las posibilidades de vivir sólo con el cónyuge aumentaron a lo largo de la centuria en la medida en que la esperanza de vida también fue en aumento.

Es decir, la soledad de los matrimonios en los cuales uno de los cónyuges es mayor de 60 años aumentó considerablemente en relación a 1825. Fenómeno este, el de las parejas ancianas solas, que se intensifica en los comienzos del siglo XX. Pero lo habitual es que los ancianos y ancianas casados viviesen con otros familiares, especialmente con hijos¹⁴, si bien estas posibilida-

14. Independientemente de que éstos sean solteros o casados, ya que el tamaño de la muestra no nos permitía desagregar más la tipología del parentesco por estado civil sin incurrir en niveles de error muy elevados.

des disminuyen en la medida en la que hemos visto aumentar la proporción de los que viven sólo con el cónyuge. Es decir, que conforme aumenta la esperanza de vida, la presencia de los hijos en el hogar se va reduciendo, tanto en el caso de los hombres como de las mujeres. El peso de este factor demográfico es determinante, ya que contrarresta, incluso, la tendencia hacia un abandono más tardío del hogar por parte de los hijos en 1935 respecto a 1900 (Pérez-Fuentes y Arbaiza, 1994).

Tabla 5: Formas de coresidencia de los casados mayores de 60 años

	Hombres			Mujeres		
	Sólo con el cónyuge	Con hijos	Otras modalidades	Sólo con el cónyuge	Con hijos	Otras modalidades
1825	13,33	80,00	6,66	15,90	70,45	13,63
1900	31,50	57,53	10,95	35,29	56,86	7,84
1935	26,73	65,34	7,92	26,58	59,49	13,92

En el caso de enviudar, hombres y mujeres tienden a vivir con sus hijos y las posibilidades se incrementan a lo largo del siglo, sobre todo en el caso de las mujeres, cuya mayor sobrevivencia aumenta el período de dependencia y de cuidados. En este caso, tampoco la viudedad conllevaba mayores niveles de soledad de nuestros ancianos, salvo en 1900, cuando la sociedad bilbaína se encuentra sometida a unos acelerados niveles de crecimiento económico y de desestructuración social que afectan de manera especial al sexo femenino.

Tabla 6: Formas de coresidencia de los viudos mayores de 60 años

	Hombres			Mujeres		
	Solos	Con hijos	Otras modalidades	Solas	Con hijos	Otras modalidades
1825	21,73	69,56	8,68	12,69	63,49	23,50
1900	8,33	86,11	5,54	16,07	67,85	16,05
1935	8,00	74,00	18,00	4,16	86,30	9,49

En cuanto a las personas mayores célibes¹⁵, se constatan diferencias más acentuadas entre los sexos en relación a las modalidades de coresidencia. En 1825 las posibilidades que tenían los célibes de vivir en un hogar solitario no presentan diferencias entre hombres y mujeres. Por el contrario, se advierte una mayor disposición de éstas a coresidir con personas a las que no le une ningún parentesco, tendencia que se intensifica en 1900. En este caso, se ad-

15. Recordemos que se ha prescindido de conventos o cuarteles.

vierte el peso del servicio doméstico, ya que, por estas fechas, más de un 8% de las mujeres mayores de 60 años eran criadas. El hecho es que solas o corresidiendo con personas ajenas a su familia, una elevadísima proporción –en torno al 70%– de mujeres que llegan a esta fase del ciclo vital siendo célibes, se ven privadas de convivir con parientes. Nos encontramos en este Bilbao de principios de siglo con los restos de ese numeroso ejército de criadas, costureras, dependientas y cargadoras que poblaban el paisaje urbano en las últimas décadas del siglo XIX. Una vez más, la hipótesis de una mayor independencia económica que se refleja en las tasas de actividad en 1825 y en menor medida en 1900 les permitiría abordar esta fase del ciclo vital con mayores recursos que en la sociedad plenamente industrial de 1935¹⁶. Sin embargo esta tendencia se invierte en fechas posteriores y la convivencia con familiares se convierte en la tónica para el 75% de las ancianas solteras. Los hogares solitarios devienen poco frecuentes y también se debilitan otras formas de corresidencia ajenas al parentesco.

Tabla 7: Tasas de actividad femenina por edad

	1825	1900	1930
10-19	64,50	41,31	38,24
20-39	71,44	37,05	22,72
40-59	73,15	23,51	13,57
≥ 60	71,00	19,99	8,77

Tabla 8: Formas de corresidencia de los solteros mayores de 60 años

	Hombres			Mujeres		
	Solos	Con parientes	Sin parientes	Solas	Con parientes	Sin parientes
1825	20,00	60,00	20,00	20,00	40,00	40,00
1900	14,28	28,57	57,14	33,33	30,00	36,66
1935	14,28	50,00	35,71	10,71	75,00	14,28

También en el caso de los hombres solteros las posibilidades de vivir en familia en 1900 se hacen mucho más difíciles y más de la mitad se encuentran viviendo con personas ajenas a cualquier vínculo de sangre; con toda seguridad estamos ante el inmigrante huésped, figura tan arraigada en las ciudades cuya actividad económica actúa como polo de atracción de las regiones del entorno. Sin embargo, aunque con menor intensidad que en 1900, y al contrario que en

16. Tanto en el padrón de 1900 como en los recuentos de población siguientes la actividad femenina es sinónimo de celibato en contraposición a la sociedad de 1825.

el caso de las mujeres, en el Bilbao industrial parecen reducirse las posibilidades de que los ancianos solteros vivan con miembros de su familia.

Podemos concluir que tanto en las modalidades de coresidencia de los casados, los solteros y los viudos de ambos sexos se aprecia que la solidaridad intergeneracional es un elemento estructural del modelo de reproducción social de la sociedad bilbaína, a pesar de las grandes transformaciones que se han producido en su tejido productivo y en los comportamientos laborales de la población.

La posición de los mayores dentro de los hogares

Otro aspecto relevante acerca de las formas de coresidencia de la población mayor de 60 años es la posición que ocupan dentro de los hogares. La titularidad o el encabezamiento del grupo doméstico depende de la estratificación o jerarquización intrafamiliar, es decir, de factores sociales referidos al estatus según la edad y el sexo.

Tabla 9: Posición de los mayores de 60 años en relación al cabeza de familia

	1825		1900		1935	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Cabeza	72	40	87	64	134	86
%	81,81	34,18	75,00	33,16	81,21	31,27
Cónyuge	1	32	0	46	0	73
%	1,13	27,35	0,00	23,83	0,00	26,54
Hijo/a	0	1	0	3	0	0
%	0,00	0,85	0,00	1,55	0,00	0,00
Padre/madre	3	8	12	27	8	35
%	3,40	6,83	10,34	13,98	4,84	12,82
Suegro/a	8	18	8	23	8	51
%	10,22	15,34	6,89	11,91	4,84	18,68
Hermano/cuñado	1	2	0	6	3	11
%	1,13	1,70	0,00	3,10	1,18	4,02
Tío/a	0	0	1	3	2	12
%	0,00	0,00	0,86	1,55	1,03	4,39
Sirviente/a	1	6	1	11	0	3
%	1,13	5,12	0,86	5,69	0,00	1,09
Huésped	0	0	6	4	7	0
%	0,00	0,00	13,79	2,07	4,24	0,00
Otros parientes	0	0	0	3	1	1
%	0,00	0,00	0,00	1,55	0,60	0,36
Sin parentesco	1	10	1	2	2	3
%	1,13	8,54	0,86	1,03	1,03	1,09
Total	88	117	116	193	165	275

Tabla 10: Mayores de 60 años coresidiendo con hijos

	Cabeza padre/madre		Cabeza hijo/hija	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
1825	64,51	30,43	35,48	69,57
1900	48,64	8,88	51,35	91,11
1935	50,00	14,81	50,00	85,18

De una primera lectura de los datos de la tabla 9 se desprendería que en lo que respecta a los varones éstos no pierden la jefatura del hogar, ya que si en 1825 el 82% de los ancianos eran cabezas de familia, un siglo después las proporciones se mantienen. En el caso de las mujeres, aunque con menos intensidad, como corresponde a una sociedad patriarcal, la proporción de mayores de 60 años que son cabezas de familia apenas varía entre 1825 y 1935, si bien tienden a disminuir las posibilidades de encabezar el grupo familiar, como efecto también de una mayor esperanza de vida.

Ahora bien, en aquellos hogares en los que se encontraban varones mayores de 60 años coresidiendo con hijos, sin discernir acerca del sexo y del estado civil de los mismos, la proporción de los que continúan siendo cabezas de familia disminuye considerablemente. Detrás de este fenómeno hay factores de tipo estrictamente demográfico, como el crecimiento de la población muy anciana y consiguientemente el aumento de los niveles de dependencia. Pero también puede ser un reflejo de la desestructuración de las relaciones intrafamiliares de tipo tradicional frente a un proceso de individualización socio-política y de asalarización que tiende a diluir la autoridad paterna. En el caso de las mujeres, y teniendo en cuenta que éstas acceden a la jefatura del hogar siendo viudas, se aprecia igualmente una pérdida en su estatus familiar en relación a los hijos.

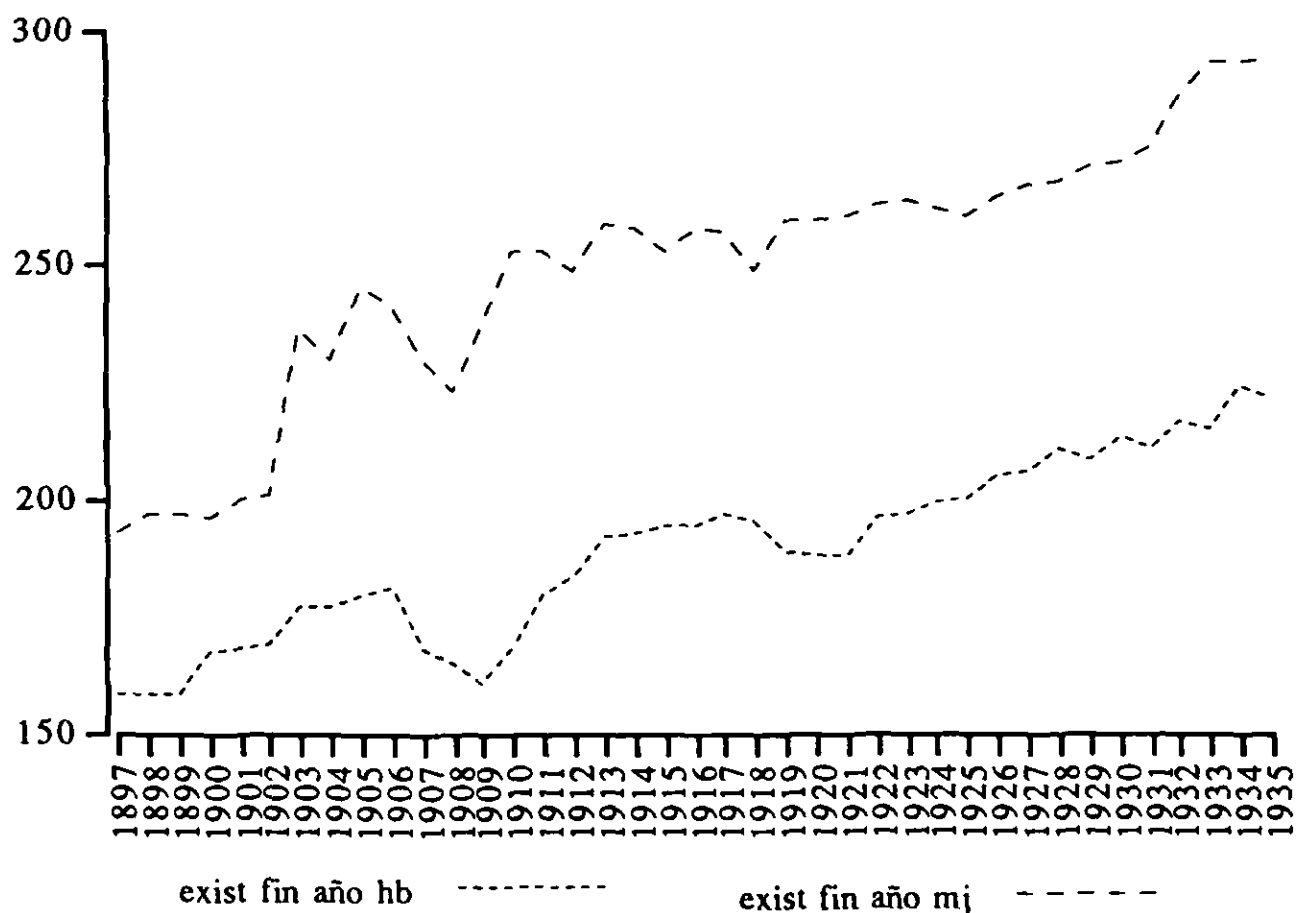
Otra cuestión importante que se desprende de los datos recogidos en la tabla 9 es la continuidad del papel de las mujeres en el mantenimiento de los lazos de solidaridad intergeneracional ya que en los tres cortes realizados y en el caso de que los mayores de 60 años cohabiten con sus parientes descendentes, la posición en el hogar es más habitual como suegra o suegro que como padre o madre del cabeza. En el caso de la sociedad de comienzos de siglo se aprecia el fenómeno contrario, pero una vez más las dimensiones de la muestra no nos permiten en esta primera fase de la investigación profundizar en las claves explicativas de este fenómeno, que sin duda estará vinculado a la naturaleza e intensidad de las inmigraciones en las últimas décadas del siglo XIX.

La población anciana acogida a las instituciones de beneficencia

Cabría objetar a lo concluido anteriormente acerca de cómo las personas ancianas viven mayoritariamente con sus familias, la posible existencia de un elevado número de ancianos recogidos en instituciones benéficas. Ciertamente

no podemos olvidar que siempre han existido instituciones de gestión pública o privada que acogen a las personas mayores cuando éstas no tienen recursos económicos para sobrevivir. En la villa de Bilbao y en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX existían tres instituciones benéficas que acogían a la población anciana: la Santa y Real Casa de Misericordia –que también recogía a niños–, el Asilo de las Hermanitas de los Pobres y, desde 1926, el Asilo Hospital de Nuestra Señora de Begoña. Disponemos de datos de estos asilos a partir de 1897 publicados en el *Boletín Estadístico Sanitario Municipal*. En esta fuente se informa del número de personas de ambos sexos que se encontraban a principio y final de cada año asiladas, consignando las entradas y salidas de ancianos por defunción o por otras causas.

Gráfico 2: Evolución anual de ancianos y ancianas a final de cada año en asilos bilbaínos en números absolutos, 1897-1935



De este modo, conocemos el número de hombres y de mujeres ancianos que se encontraban acogidos a finales de cada año en las instituciones benéficas bilbaínas. Así, podemos observar el aumento constante de ancianos en estos asilos a lo largo de este periodo de 1897-1935, salvo un ligero descenso que se produce entre los años 1906 y 1911. En términos absolutos se empieza

acogiendo a un total de 351 personas en 1897, para alcanzar la cifra de 514 en 1935. Esto supone un 46,43% de aumento en los asilos entre estas fechas y una media anual de 438 personas (tabla 11), porcentaje muy semejante (43%) al del crecimiento de la población mayor de 60 años entre 1900 y 1935.

Tabla 11: Mínimo, máximo y media de ancianos en los asilos, 1897-1935

	Hombres	Mujeres	Total
Mínimo	158	193	351
Máximo	224	293	516
Media	192	248	438

Fuente: *Boletín Estadístico Sanitario Municipal de Bilbao*.

En este sentido el porcentaje de población asilada con respecto al total de población bilbaína mayor de 60 años no aumenta, muy posiblemente por causa de la estrechez de la oferta, ya ésta fue siempre muy limitada a través de unas estrictas condiciones de admisión: personas solteras o viudas sin familia o que teniéndola acreditasen la imposibilidad de cuidarlas y atenderlas debidamente y siempre que no padecieran defectos físicos o enfermedades de tal naturaleza que precisasen cuidados y asistencia continua de otras personas (Olascoaga, 1887; Zufía, 1920).

Podemos ver con claridad que en todo momento el número de mujeres asiladas es superior al número de hombres, con una media de un 31,59% más de mujeres que de hombres en estos años. La amplitud del diferencial sexual aumenta paulatinamente desde finales del siglo XIX, como se observa en el gráfico 2, como reflejo de la mayor supervivencia de las mujeres pero, también, de un acceso más restringido a los recursos económicos que los varones, originando una creciente feminización de la pobreza en esta fase del ciclo vital.

Esto nos llevaría a reforzar la idea de que el mantenimiento e incluso el fortalecimiento de los lazos familiares en esta fase del ciclo vital también obedece a una política social tendente a mantener una oferta asistencial escasa, así como a ratificar que los mayores niveles de soledad de las ancianas que se advierten en las primeras fases de la industrialización podrían ir acompañados de un patente deterioro de la calidad de vida y de desprotección familiar¹⁷.

17. Aunque se trata de instituciones de carácter municipal, desde 1871 la Diputación vizcaína se reservaba 50 camas para los pobres de la provincia, y en 1925 el número se amplió hasta 75. Sin embargo, este cupo de camas para personas indigentes de la provincia estaba en su mayor parte destinado a niños y en menor medida a la atención de ancianos. Por tanto, la presencia de vecinos de Bilbao siempre fue muy elevada respecto al conjunto de los ancianos asilados. En los criterios de distribución de las camas destinadas a indigentes de la provincia el acuerdo entre la Diputación de Bizkaia y el Ayuntamiento de Bilbao es bastante claro en sus preferencias: «Es de advertir que de estas plazas no podrán ser ocupadas más de 50 por niños varones, ni menos de cinco por ancianos de ambos sexos».

En definitiva hemos podido comprobar que los modos de vida de la sociedad industrial en España –al menos hasta la primera mitad del siglo XX–, representados por una ciudad como Bilbao, conllevan un menor peso de la población anciana en relación a la ciudad preindustrial, y que la familia continuó siendo, aún más que en otras épocas, el marco donde se vive esta fase del ciclo vital. Sin embargo, aunque se muestra una vez más que el binomio de vejez/soledad no es consustancial a la sociedad industrial, queda patente que los momentos de mayor aceleración en el proceso de cambio originaron, sobre todo en la población anciana femenina, mayores niveles de soledad y desatención.

Pero esto no quiere decir que poco o nada cambiase en la vida de nuestros mayores, sino que las preguntas que debemos hacernos respecto a la vejez y a los viejos deberían enmarcarse dentro de una determinada sociología de la ciudad, donde los colectivos sociales reproducen comportamientos demográficos y estrategias de vida muy diferentes en función de las expectativas económicas y sociales. Es en este contexto en el que deben desarrollarse futuras investigaciones, preguntándose acerca de las modalidades de coresidencia de los mayores, de las transferencias de recursos o de la proximidad de parientes en el caso de los hogares solitarios, atendiendo al perfil socio-profesional y al origen y trayectoria migrante, como elementos claves en torno a los que se configuran las estrategias diferenciales de la población anciana.

Bibliografía

- ALBA, V., 1992, *Historia social de la vejez*, Barcelona.
- Bases para el establecimiento del Asilo Naval Vizcaíno*, Bilbao, 1898.
- BAULANT, M., 1985, "Un dossier: la personne agée dans la société briarde aux XVIIe et XVIIIe siècles", *Annales de Démographie Historique*, 283-300.
- BAZO, M.T., 1990, *La sociedad anciana*, Madrid.
- BOURDELAIS, P., 1985, "Viellir en famille dans la France des menages complexes (l'exemple de Prayssas, 1836-1911)", *Annales de Démographie Historique*, 21-38.
- BURGUIÈRE, A., 1986, "Pour une typologie des formes d'organisation domestique de l'Europe Moderne (XVIe-XIXe siècles)", *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, 3.
- CARASA, P., "Old and poverty in Castile, 1750-1900", en *Tenth International Economic History Conference*, Lovaina, mecanografiado.
- DYRVIK, S., 1985, "Pression démographique et condition de vie des vieux: la paroisse d'Etne en Norvege, 1801-1865", *Annales de Démographie Historique*, 103-109.
- FAUVÉ-CHAMOUX, A., 1985, "Vieillesse et famille-souche", *Annales de Démographie Historique*, 111-125.
- GÓMEZ, G., 1896, *Cómo se vive y cómo se muere en Bilbao. Reseña demográfica de la I. Villa*, Bilbao.

- GONZÁLEZ PORTILLA, M., 1994, "Del capital comercial al capital industrial: el papel de Bilbao", en González Portilla, M. (coord.), *Bilbao: Sociedad y Población*, investigación inédita.
- HAJNAL, J., 1965, "European Marriage Patterns in Perspective", en Glass, D.V. y Eversley, D.E. (ed.), *Population in History: Essays in Historical Demography*, London.
- LASLETT, P., 1972, "Introduction: The History of the Family", en Laslett, P. y Wall, R. (ed.), *Household and Family in Past Time*, Cambridge.
- LASLETT, P., 1977, *The history of aging and aged*, Cambridge.
- LASLETT, P., 1980, *Family life and illicit love in earlier generations*, Cambridge.
- LEVINE, D., 1985, "Industrialization and the proletarian family in England", *Past and Present*, 107.
- OLASCOAGA, F., 1887, *Noticias históricas de la Santa y Real Casa de Misericordia de Bilbao*, Bilbao.
- PAREJA, A. y ARBAIZA, M., 1994, "Naturaleza y evolución del sistema demográfico en Bilbao", en González Portilla, M. (coord.), *Bilbao: Sociedad y Población*, investigación inédita.
- PÉREZ-FUENTES, P., 1993, "El trabajo de las mujeres en la España de los siglos XIX y XX: algunas consideraciones metodológicas", en *III Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Braga.
- PÉREZ-FUENTES, P. y ARBAIZA, M., 1994, "Familia, matrimonio y reproducción social", en González Portilla, M. (coord.), *Bilbao: Sociedad y Población*, investigación inédita.
- PERROT, J.C., 1985, "La vieillesse en question", *Annales de Démographie Historique*, 145-154.
- RODRÍGUEZ DOMÍNGUEZ, S., 1989, *La vejez: historia y actualidad*, Salamanca.
- RODRÍGUEZ, J.A., 1994, *Envejecimiento y familia*, Madrid.
- SCOTT J.W. y TILLY, L., 1975, "Women's work and the family in nineteenth century Europe", *Comparative Studies in Society and History*, XVII.
- SOTO CARMONA, A., 1989, *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936)*, Barcelona.
- TILLY, L.A. y SCOTT, J.W., 1978, *Women, Work, and Family*, London.
- WALL, R., 1991, "Les relations entre générations en Europe autrefois", *Annales de Démographie Historique*, 135-154.
- ZUFÍA, P., 1920, *Disposiciones vigentes sobre expedientes para ingreso en los Asilos Benéficos*, Bilbao.